

I CERTAMEN

1.º Premio • Año 2000

Un guerrero muerto

Miguel Ángel Muñoz

Enrique Gaumain se había topado con aquella mísera aldea, surgida en mitad de la sierra, y no con el palacete de la familia Beltrán, donde se dirigía con sus artilugios de fotógrafo chamarilero para retratar al anciano y sabio terrateniente, don Anselmo Beltrán. Próximo a morir, enardecido su ánimo por noticias llegadas a través de libros y rumores extranjeros, el cacique estaba dispuesto a dejar su rostro impreso en uno de los añejos daguerrotipos que el final de aquella época -coincidente con el de su vida- hacia desaparecer incluso en aquellas apartadas zonas de Andalucía. Absortos por esos días en la contemplación de las extensiones de tierra que muy pronto serían suyas, en el vibrante caciquismo que heredarían de su señor padre y que ellos tendrían que aplicar hasta que acabara el siglo, sus hijos no encontraron valor ni motivos para negarle tal disposición. Mandaron traer de Málaga a algún fotógrafo que aceptara el encargo de retratar al viejo Beltrán en su lecho de muerte. Eran pocos los todavía dispuestos a recorrer los dificultosos caminos del sur, las intrincadas sierras, los pueblos de la costa, para alimentar las vanidades de viejos ricachones empeñados en pasar a la historia de su estirpe en el fino gránulo del daguerrotipo. Querían que las generaciones posteriores tuvieran una memoria fiel de sus caras, que vieran en ellas los anhelos, la energía de su época, los más pequeños detalles de su personalidad que los bastos retratos en tarjeta a la moda no hacían sino vulgarizar.

El verdadero nombre del fotógrafo era Henri Gaumain; su lugar de nacimiento, París. Toulin, en realidad, a unos kilómetros de la capital. Sus padres fueron

burgueses beneficiados por la breve revolución del 48. Había servido en París a un discípulo de un discípulo de Daguerre, lo cual le enorgullecía: en la lejanía, a través de otras manos, había aprendido del maestro. Huyendo de un fracaso amoroso, y arrebatado por las noticias que los correos traían de España, donde se recibía con los brazos abiertos a los pioneros de la fotografía, había cambiado su país y su nombre. Gracias a aquella excitación técnica, llegó a conocer la marca que el éxito deja en el orgullo y el sucesivo regusto poco estimulante del fracaso. Conoció a otra mujer, también la perdió. Perdió el elegante estudio que estableció en la capital de Málaga. Perdió el fino olfato que le beneficiara en un comienzo con sorprendentes triunfos en la ruleta y las cartas, con puertas francas a su presencia en el lujoso casino y en casas de juego perdidas en calles cuyos nombres memorizaba para no perderse recorriéndolas, escondidas y sucias como estaban en barrios que con el tiempo fueron alejándose del centro de la ciudad. Más allá de ella, llegó a pueblos donde su cara no era común y su nombre no decía nada. Camino de una de aquellas partidas, con el paso de su coche de colleras -su último bien material junto con las placas de cobre y los componentes químicos de los antiguos daguerrotipos en desuso- cegado por la rabia humeante de una de las triunfales locomotoras, que cruzaban los campos cumpliendo entonces sus años jóvenes, apreció frente a aquella fuerza sin igual hasta qué punto se hacía mayor y eran frecuentes sus ataques de reuma. Envuelto por el humo ensoñador del tren le pareció que su ojo izquierdo, bizco de nacimiento, se enderezaba, como un signo de que los años funestos se

habían empantanado en su alma para siempre y le concedían la última alegría. Aquella noche, sin embargo, la fortuna le sonrió por primera vez desde siete meses antes y no en forma de triunfo en el juego, sino a través de la propuesta que le hizo el vencedor de aquella partida de canjear su deuda -no sólo la de esa velada, sino la de los dos últimos meses- si acudía hasta la casa señorial de Beltrán, encajada en el centro olvidado de la sierra, y retrataba al anciano, próximo a la agonía como estaba, en un brillante daguerrotipo. Sólo entonces su patrón y señor, don Anselmo, se encontraría con la paz de la tumba.

“Nadie quiere hoy en día un daguerrotipo”, se excusó Gaumain, en su castellano sin acento, sorprendido y asustado después de un año sin ninguna oferta de trabajo.

“Don Anselmo es un señor, su imagen debe ser la de un noble. Tú sabes de lo que hablo, francés”, contestó orgullosamente el otro y se levantó de la mesa, zanjando el asunto.

Enrique Gaumain recordaba aquella noche -el humo de los cigarros de sus compañeros de juego, el humo de la máquina de tren y el que las belfas de su caballo dejaban escapar en la noche húmeda- dos días después, con el cuerpo deshecho a los pies de un barranco, crucificado en la tierra bajo un sol abrasador que confería un tono extraviado a los recuerdos que tenía del modo en que se había originado aquel viaje. A su izquierda rebuznaba el mulo que habían puesto a su disposición, las patas rotas y abandonada toda intención de levantarse. Los aparejos

fotográficos se esparcían fuera de las talegas. Algunos frascos se habían roto al caer sobre las piedras, o quizá habían llegado así hasta el suelo tras la larga rodada colina abajo.

“El mercurio, las sales, la plata, todo a punto de perderse”. Al contrario que el mulo, Gaumain luchó por levantarse y salvar lo que quedara de sus pobres propiedades, los restos de su antiguo prestigio en Málaga como daguerrotipista, pero al igual que el mulo no pudo hacer otra cosa que gritar de dolor hasta que se desmayó. Un momento antes de caer sin sentido, vio la cara del niño mudo que había recogido como ayudante en la falda de la sierra, y al que el ir a pie le había salvado del despeño que había podido con el fotógrafo. Gaumain maldijo en francés la risa boba del niño, que parecía además de mudo, sordo, braceando en actitud del que pide silencio, un silencio hondo como el que terminó agarrando al fotógrafo hasta llevarle a la oscuridad.

No despertó en noble estancia, ni le fue ofrecida fina comida o elegantes sábanas, como soñaba que encontraría, desde que saliera de la ciudad, durante su estancia con los Beltrán. La techumbre era de paja, y en la escudilla que una mujer de piel agrietada y pocos dientes le ofrecía con insistencia, los garbanzos parecían haber caído por azar, sin demasiado interés. Gaumain rechazó el plato y preguntó por el niño mudo, único medio de conocer el estado de sus pertenencias. La mujer le contestó que andaba por ahí, revolviendo con las gallinas.

“¿Y el mulo?”, le preguntó.

"El mulo, muerto".

"¿Y las cosas, mujer? ¿Las alforjas, los botes con líquidos?"

La aldeana hizo un gesto de desagrado y se levantó en dirección a la puerta:

"Olían esos potingues. Qué mal. Tuvo que llevarse los el Moreno. Ni idea qué habrá hecho con ellos", y salió de la habitación, que más parecía un pajar improvisado como enfermería.

A Gaumain un escalofrío le recorrió el interior de su cuerpo entero. El dolor del infortunado tropiezo por aquel barranco -y la muerte segura de la que un bancal de olivos le había salvado al detener la larga caída- estaba teñido de inquietud y fracaso. Se hallaba recluido entre gentes extrañas, benéficas para su supervivencia pero inútiles para su encargo. Ninguna de las caras que se asomaron al ventanal de piedra que había a los pies de su jergón se comunicó con él: miraban su pierna entablillada, sus dedos rotos, y reían con brutalidad -burlándose de él por no haber logrado manejar al mulo- hasta acabar carcajeándose entre ellas cuando se fijaban en su cuidado y gris mostacho y, sobre todo, en el cansado ojo estrábico. Él se movía levemente para ignorarlos pero a los aldeanos les parecía que el ojo demente no dejaba de mirarlos.

Mientras, al final de ese camino interrumpido, la familia Beltrán mandaba a un criado asomarse cada media hora al camino por ver si el francés cuya llegada le habían anunciado aparecía; le ordenaban indagar en los alrededores alguna noticia, sobre el fotógrafo que

hubiese circulado por la zona.

Pero Gaumain había caído en una aldea perteneciente al señorío de Beltrán, aunque tan escasa en intereses para ellos que apenas la vigilaban como era su obligación. El azar y la geografía, aislados en un pequeño valle entre desfiladeros que se cruzaban y los encerraban, permitía a los habitantes de aquel pueblo vivir y labrar con engañosa independencia tierras que no eran suyas.

Hasta que recuperó la movilidad en su pierna y sus costillas se soldaron, la mujer le acercó a diario la humilde comida. El niño mudo entraba de vez en cuando y con gestos le significaba su alegría por vivir entre aquellas gentes. La barba de Gaumain alcanzó su mostacho, los tufos se hicieron en su cuarto insoportables. Por las noches, los dolores aumentaban y él, insomne, -había dilapidado durante el día las horas de sueño- se entretenía para ahuyentarlos en escuchar los sonidos de la noche, y en voz baja susurraba frases en su idioma natal, frases poéticas, palabras de amor dichas a mujeres durante su vida. Del mismo modo, veía ante los ojos abiertos las caras, las poses de gentes a las que había fotografiado durante tantos años y cuyos nombres ahora no recordaba. Así logró no sentirse cautivo: imaginaba que al otro lado de las paredes de su huronera estaban todos ellos, esperando su recuperación para invitarle a un baile.

Un día le visitó el Moreno. Un hombre muy bajo, que se movía con pasos cortos y rápidos, y que para desmentir su nombre tenía una tez pálida, el cabello rubio por completo. Se dirigió a él de un modo autoritario,

pero a la vez confiado:

"Ya podría andar fuera de aquí".

"Sí, pensaba en algo de eso", contestó Gaumain intimidado.

El Moreno le tiró sobre la cama una larga estameña y le movió con fuerza la pierna quebrada. Gaumain temió que volviera a fracturársela, pero los bruscos manejos del otro le hicieron entender que su cuerpo estaba ya dispuesto para la marcha. Agradecería a aquellas gentes su hospitalidad y les pediría un mulo con que llegar hasta la casa rica. Sin duda, alguien bajaría de allí para recompensarles su acción. Si el moreno tenía la gentileza de devolverle sus aperos de fotógrafo.

"Están guardados en casa. Ya te los daré cuando cures del todo".

Se fue hacia la puerta sin conversar más con él. Gaumain le preguntó si él sabía para qué servían aquellas cosas, aquellos líquidos malolientes.

"Una vez estuve en la capital. Me quedé con ganas de que me hicieran un retrato", y se fue.

Vestido con el largo hábito pasó los días recorriendo los alrededores de aquella alquería. Le ignoraban. Se reían a su paso. Mudos todos, su pequeño ayudante se sentía feliz entre ellos, y acompañaba a Gaumain en sus paseos, ofreciéndole su mano frágil en los tramos delicados del camino. Alimentado, sin ocupación y evaporada la tentación del juego y el ahogo de las deudas, Henri Gaumain comenzó a entender la felicidad del tarado y a saborear la alegría de aquel pedazo de mundo: andaba

por las tierras calmas imaginando su futuros cultivos; sentía una gran dicha cuando el pie se hundía en una gradera, cuando se cruzaba con una mujer de la aldea que le sonreía, sujetando a la vez con fuerza un brazado de retama; recordaba su infancia al observar en un agostadero los movimientos juguetones de las cabras; se tumbaba con el mudo bajo un bacelar y reían, sin utilizar idioma ninguno, jugando desde el suelo a derribar con una caña las uvas, hasta que se hacían con ellas en sus bocas o las dejaban perderse por el suelo de hierba muelle. En un paseo nocturno, que Gaumain hizo a solas, pudo ver un jabalí llegado hasta una baña, en el confín del pueblo, y escuchó con admiración su callado silbido de hambre o celo. De un modo enigmático, Gaumain notaba que en aquel pueblo su vida se desenvolvía plácida y que la sensación de vejez, de término, que había podido con él, y le buscara la ruina en la capital, no engordaba en su alma, sino al contrario, se reducía al tamaño de las uvas que las parras de por allí criaban para los campesinos.

Era tanto el descuido de sí mismo, tanto tiempo el pasado sin mirarse en un espejo, que había relegado el recortar de su mostacho, y creía con convicción que los del pueblo se reían por su origen francés, y no por el gracioso modo en que la bizquera, que tenía olvidada, se encajaba en su cara.

El Moreno no le había permitido comprobar el estado de su cámara, pero tampoco Gaumain había insistido en el asunto. De haber sufrido la acusación de alguien, habría repudiado ante él su profesión e incluso su nombre, negándose la realidad de ese pasado que le parecía ser propiedad de otro y no de él, Enrique o Henri, pastor

bucolico, dichoso campesino.

Y fue precisamente el Moreno quien le recordó los días del pasado una mañana húmeda en que Gaumain, sentado sobre la tierra a la puerta de su choza, reflexionaba sobre cómo organizar las horas de luz. El Moreno se le acercó con decisión:

“¿Que no te vas?”

Gaumain le contestó que no terminaba de encontrar el juego de su rodilla y que notaba los fríos recorrerle por dentro de los dedos de los pies a la cabeza, y que temía echar a andar y perder de nuevo el pie por uno de esos caminos. Pero estaba claro, añadió ante el gesto huraño del mandón, que el momento de marcharse se aproximaba. Que probablemente, terminó aterrizado, esa misma tarde sería el momento ideal.

“¿Te llevarás tus aguas, y el chisme?”

Le dijo que no podía hacer otra cosa. Vivía de su cámara y si la fortuna no la había estropeado del todo, tendría que seguir pegado a ella mucho tiempo, casi todo el que le quedaba por vivir.

“Antes de llevártela, vas a hacer una cosa por el pueblo”.

“Cómo no. Al fotógrafo, lo que se le mande”.

El encargo era bien sencillo. En un llano frente a la casa del Moreno, todos los habitantes de la aldea hicieron corro a la caja dañada de Gaumain, le miraron esconder la cabeza detrás del paño negro para manipular la placa dupla de plata. A excepción del Moreno, nadie de allí había visto jamás a un fotógrafo asomado a su cámara.

ra y en los rostros de la mayoría se reflejaba el desconcierto que provocaba aquel ser fantasmal cuya cabeza bizca aparecía y desaparecía bajo la madera.

Los gemelos, prácticamente dos niños, se colocaron en el lugar exacto que Gaumain les indicó, frente a la casa que no volverían a ver en sabe dios cuánto tiempo. La madre, detrás de Gaumain, agarraba llorosa en la mano apretada la cédula con la que se ordenaba a sus hijos partir hacia Málaga, y desde allí a Cádiz, donde tendrían que tomar el barco para llegar hasta Cuba. En la isla los rebeldes habían dado comienzo en 1868, dos años antes, a la Guerra Grande, y las necesidades de hombres que entregar a la lucha eran inagotables. Al francés, oculto bajo el paño, no dejaba de sorprenderle que hasta aquel lugar inhóspito, cubierto por el olor de los albañales, llegase la mano de la patria.

Indicó a los gemelos que mantuvieran el gesto el mayor tiempo posible. Vestido de nuevo con el traje ajado que había traído de Málaga, miró alrededor, rodeando con su mirada a todos los campesinos, y les advirtió con gesto triunfal:

"Mi máquina es lenta como una tortuga. No os mováis, ni un palmo. Y callad, callad como mi mudito. Ella lo oye todo, absolutamente todo."

Hizo desaparecer de nuevo su cabeza. El mudo se le agarró a la falda del pantalón. Los gemelos se cogieron del brazo y fijaron intensamente sus cuatro ojos en el agujero que Gaumain les indicara. El pueblo enteró calló, y durante unos segundos no se oyeron los animales en los establos ni el viento en las ramas.

Cuando sumergió la placa en el mercurio caliente ya sabía que algo había fallado: no habían sido constantes en su pose, parecían movidos por una brisa inoportuna, como si la guerra empezara ya a tirar de ellos. Siguió profesionalmente con los demás pasos, el agua pura, la sal marina, el agua caliente vertida de un cubo con cuidado, aunque Gaumain ya comprobaba el fracaso en la fotografía que su mano izquierda sostenía. Los aldeanos que le esperaban a la puerta de la casa, el Moreno situado protector entre los dos gemelos, le abrieron camino y le vieron avanzar, la mirada bizca depositada en cada una de sus caras, sin cambiar ni una risa entre ellos. Llegó frente a los gemelos con la placa, todavía no seca del todo, sin decidirse a desprenderse de ella, sin querer que su obra, aun fallida, llegara hasta sus verdaderos propietarios. El mudo, que no se había apartado de Gaumain ni un momento, se colgó del brazo flojo para ver la imagen antes que nadie. Cuando vieron su expresión de terror, sus lamentos imposibles luchando en su boca, y la carrera que emprendió, camino de las viñas, fuera del pueblo, los aldeanos se echaron sobre el fotógrafo. Le arrancaron la placa de las manos y la fueron pasando entre ellos hasta que llegó a manos del Moreno.

Con una media sonrisa y un gesto esforzado de tan fijo, uno de los dos gemelos, no podía saberse cual de ellos, había quedado atrapado en la placa. El brazo extendido abrazaba el vacío y la mitad de su imagen, su otro hermano, se había evaporado entre la perfección de detalle con que el daguerrotipo granulaba la fachada que a los dos había servido como fondo.

“¿Y el otro?”

No han estado quietos del todo. Al menos uno de ellos.”

Los gemelos se abrazaron con rabia. Su madre rompió a gritar, poseída por el dolor y el presentimiento: “¿Quién de ellos no volverá, Satanás?”

Las frases que el pueblo exclamó a continuación, hasta que perdió el sentido sobre la tierra de aquella aldea, no llegaron a sus oídos de un modo claro. El Moreno chilló que su bizquera era la del diablo. Todos entendieron aquellas palabras como la orden para acabar con el fotógrafo, que llegó al pueblo rebotado de mil desastres, vencido mil veces por el azar, que soñó en muchas ocasiones con una de las nuevas cámaras que los estudios exhibían en sus escaparates, y que la mañana en que uno de los gemelos no volvió de la guerra sin haber partido hacia ella, y una lluvia de boñigas y cagajones venidos de manos encallecidas le cubrió por entero, esa misma mañana, mientras eso ocurría, recordó, sin saber el motivo, los últimos labios femeninos que, mucho tiempo antes, los suyos habían besado.